

No hace muchos domingos interrumpimos la explicación del dogma de la remisión de los pecados para ocuparnos de la Limosna del Papa, de su sentido y del deber que tenemos de cooperar a ella. Hoy vamos a hacer o vamos a añadir las últimas consideraciones a la explicación de este artículo de nuestro Credo. En la última plática resaltaba los beneficios incalculables que reporta a la humanidad la práctica de la confesión y de su consonancia con la naturaleza humana. En testimonio de todo ello os citaba el curioso caso de los protestantes que convencidos de su utilidad y de sus ventajas tratan de introducirla de nuevo y el testimonio valiente y la magnífica apología que hace de ella el conocidísimo Chesterton.

No es este el lugar ni el momento para una explicación de los requisitos necesarios para su eficacia y para su validez. Eso lo haremos cuando nos toque hablar expresamente del Sacramento de Penitencia. Pero antes de dar fin a este tema vamos a hacer unas últimas consideraciones para tratar de disipar los recelos que acerca de la misma pudiera haber en muchas cabezas. Un último reducto de prejuicios que pudiera todavía quedar sin solución acaso en estas consideraciones que vamos a hacer hoy pudiera encontrar luz.

Era la época de la guerra franco-holandesa. Un oficial que pocos días tenía que incorporarse al frente va a visitar al arzobispo de Cambrai que era Fanelón. Era un hombre que se sentía presa de una turbación interior que a veces mal podía disimular y cuando la conversación con el Arzobispo tocó la llaga empezó a exclamar: "Dios, Dios, Dios..." Ojalá le sintiera, ojalá le pudiera ver! Le torturaba la duda religiosa. Creía en la existencia de Dios, pero su Dios era acaso el dios de los deístas, el dios que vive muy alejado para preocuparse y para enterarse de las cosas de los hombres. El Arzobispo aprovechó aquel momento admirablemente. "Pero qué decís, le dijo, qué decís y qué preguntáis vos! Quién tiene a Dios más cerca que vos?" "No le sentís en el corazón, oprimiendoos, agitándoos y no dejándoos sosegar, al propio tiempo que os atrae, os hace presentir la esperanza de un reposo y de un consuelo que será lleno e inmenso en cuanto le reconozcais?" Con mucho motivo había dicho Pascal "el corazón es el que percibe a Dios y no la razón". Se sosegó de nuevo nuestro oficial. Acaso pensaba ya que Dios estaba cerca de él y efectivamente estaba muy cerca de él, aquel remordimiento no venía más que de Dios. Bastaría que le reconociera para que ya le dejara en paz y lleno de consuelo.

Siguió la conversación su curso. Llegó el momento de la despedida. Se levanta el oficial. En esto parece que se acuerda del frente y parece que el espectro de la muerte nubla de nuevo sus ojos aunque ilumina su inteligencia y mueve su corazón. De nuevo se puso triste, pensativo.. "Tengo necesidad de poner en orden mi alma - dice, y de nuevo se calla. Después de un rato silencio el mismo prosigue: "si estuviera convencido de que fue Dios mismo quien instituyó la confesión... si pudiera convencerme Ud. de esto me confesaría..."

*Señor, contestó el arzobispo, de mil amores. Pero escojamos el camino más corto: antes confiese Ud., y después yo le diré los argumentos.

El oficial comenzó con mil excusas. Esto sería hacer las cosas al revés.

*No importa. Fíese Ud. de mí, de mi avanzada edad y de mi experiencia. Confíese Ud. antes.

El militar se arrodilló y empezó su confesión. A medida que abriéndose su alma y entre el arzobispo y el penitente se aniraba la conversación espiritual, el oficial sentía que las lágrimas se agolpaban a sus ojos, hasta que no pudiendo más, rompía a llorar con intensa conmoción y sorprendente alivio.

-Tengo que exponerle ahora los argumentos que existen en favor de la confesión?-dijo el arzobispo.

Gracias, respondió el oficial con el corazón agradecido. Veo por propia experiencia sus ventajas y su necesidad.

Así es realmente. Quizá nunca sentimos con mayor intensidad las palabras de Jesucristo que después de una buena confesión: "Venid a mí todos los que a nadais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare!" La fe es vacilante es tibia muchas veces porque entre ella y nuestro espíritu se interpone un obstáculo que es el pecado, que es la pasión, que es el interés creado, que es el compromiso. Basta quitar eso, remover eso para que de nuevo florezca con todos sus esplendores. Por algo decía Pascal "si quieres errar no multipliques las palabras, extermina las pasiones" o sea, elimina ese obstáculo del pecado o del interés creado. Por eso mismo reprochaba Balmes a aquel que decía haber perdido la fe diciéndole que no se quejara de haber perdido la fe sino de haber perdido el corazón, de haber corrompido el corazón.

Ah.. si pudiéramos ver con más caridad las cosas... es que si fueran en sí tan evidentes los argumentos ya las veríamos... añadirán otros.

Viajaba un día Tihmer Toth, el famoso obispo húngaro en un tren donde tropezó con un antiguo amigo, compañero de sus estudios de universidad. La conversación llegó por lo que fuera al punto de la confesión y dedujo Tihmer Toth que su amigo no se había confesado ni quería confesarse aunque por otra parte era de los que rezaban en la familia, de los que ducaban cristianamente a sus hijos y colaboraba en todas las obras y en todos los movimientos católicos.

- No comprendo, le dijo el obispo, dices que eres católico y no vas a confesarte.

- Lo soy y no lo soy. Me gustaría serlo por completo, serlo en todo; pero mi fe.... si pudiera estar completamente seguro...

- Completamente seguro? Por ejemplo?

*Pues son la seguridad del dos y dos son cuatro.

- Ah! Ahí está tu error fundamental, le contestó. La certeza matemática pertenece al campo de las matemáticas: otros campos tienen otras certezas. La de la fe es certeza moral y lógica. Tu no reconoces más que la certeza matemática? Pues pruebame con las matemáticas que la Madonna della Sedia de Rafael es hermosa. Y prueba con las matemáticas que este cuadro de Rafael es más hermoso o lo es menos que la famosa Inmaculada de Murillo.

- Si en esto tiene usted razón, contestó el hombre, pero yo quisiera, por lo menos, llegar hasta el punto de no tener ninguna duda, ningún enigma, ningún misterio insoluble en mi fe.

- Deseas un imposible. Todo lo que hay en torno nuestro, el mundo todo es un misterio, comprendelo bien. el mundo que nos rodea, este mundo material que estamos viendo. Y tú quieres que en tu fe no quede ni un punto oscuro tocante al ~~al mundo~~ mundo sobrenatural?

No se daba por vencido. Todavía encontró otra salida aquel hombre. Y añadió lo que realmente es lo incomprendible en este asunto:

- Pero no deja de ser excesiva esa exigencia en nuestros tiempos, en el año 1941, año de la velocidad y del progreso, el que un hombre se arrodille delante de otro en un sitio incómodo, oscuro...

Y entonces Mrs. Tihmer Toth con un nuevo argumento en su mano le dijo:

- Pues precisamente esto es lo imposible. que la confesión que esta institución tan odiosa, humillante, tan dura no se haya marchitado, o se haya relagado al olvido, antes al contrario hoy siga floreciendo con más lozanía que nunca. Esta es la señal inconfundible de su origen divino. Es una idea tan atrevida, tan increíble que no pudo ocurrirsele a ningún hombre. Imponer la confesión era un empresa muy ardua, pues para ello se necesita encontrar penitente y confesor...

Había que encontrar penitente... sincero y humilde por altivo y orgulloso que por lo demás fuera... y encontrarlo entre todas las clases de hombres y en todas las clases sociales, ricos y pobres poderosos y subditos... que descargara lo más difícil, lo más recóndito, lo más humillante...

Había que encontrar un confesor que callara todo,,, que acogiera con amor y bondad...

Quien que no haya sido Dios ha podido hacer eso? Quien que no fuera Dios ha podido tener ese atrevimiento?